



Embajador Isabel Montero de la Cámara¹

HOMENAJE AL EMBAJADOR ISABEL MONTERO DE LA CÁMARA MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO VIERNES 18 DE DICIEMBRE DE 2020, SALÓN DORADO ²

Este salón ya centenario, engalanado con los retratos de personajes decisivos para la historia diplomática de Costa Rica, ha sido en infinidad de oportunidades escenario de despedidas de embajadores acreditados en Costa Rica, al término de sus funciones en San José. Sin embargo, solo en unas pocas le ha correspondido abrir sus puertas para efectuar un acto final de despedida a quienes dejan este mundo durante su desempeño como embajadores de nuestro país.

Nos reúnen hoy el respeto y el dolor, al dedicar un sentido homenaje a la decana de la carrera diplomática nacional, la embajadora doña Isabel Montero de la Cámara de Meissner, cuarenta y seis años después de su ingreso al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto el 18 de junio de 1974.

En esta prolongada carrera, doña Isabel, ascendida a la primera categoría del servicio el 9 de abril de 1996, desempeñó funciones diplomáticas y consulares en Francia y en Alemania y fue embajador en Suiza,

¹ Fotografía cortesía de la Sra. Elena Meissner Montero.

² Discurso pronunciado por el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, señor Rodolfo Solano Quirós en honor a la memoria del Embajador Isabel Montero de la Cámara, el 18 de diciembre de 2020 en el Salón Dorado.

Liechtenstein y Polonia, y se le nombró además como embajadora alterna en Ginebra, cargo este último que lamentablemente no pudo ejercer de modo efectivo debido a su grave enfermedad. También brindó su aporte en el servicio interno como directora adjunta del Instituto Manuel María de Peralta, directora adjunta de Protocolo y Ceremonial y otros cargos. Además, en representación de Costa Rica participó en innumerables reuniones y actividades de negociación, en la gestión de cooperación, en organización de conferencias, en actividades de capacitación y en otras muchas variadas labores. Prácticamente no hubo ámbito de la actividad diplomática costarricense en la que no estuviera presente su infatigable concurso, su entusiasmo, su patriotismo a toda prueba y su compromiso con el país y el Ministerio.

El temple guerrero le venía de familia. Tuve el honor de conocer a su progenitor, el distinguido y polémico periodista don Francisco Montero Madrigal, quien fue buen amigo de mi padre, y también por el lado materno descendía de varias generaciones de mujeres valientes e independientes, que hoy mantienen su estandarte en su hija Elena, colega diplomática que hoy es destacada funcionaria del Departamento Consular. Nacida en días difíciles de la historia patria, tuvo una vida novelesca. De niña conoció el exilio y las privaciones; en su juventud vivió el París de 1968 y antes de llegar a la diplomacia encontró una primera vocación en el teatro, que la llevó a recibir el premio nacional a la mejor actriz. En las tablas llevaba el nombre de Isabel Wolff [pronunciación: Volf], por su primer esposo Martín Wolff, un joven matemático alemán que era profesor en la Universidad de Costa Rica y que murió prematuramente. Años después, rehízo su vida con Manfred Meissner, alto funcionario del gobierno alemán, quien fue su compañero y amigo en las buenas y en las malas y con quien tuvo a sus amados hijos Elena y Carlos, de cuyas cualidades y logros se sintió profundamente orgullosa.

Vehemente y apasionada, indomable, doña Isabel vivió su pertenencia a la carrera diplomática casi como una religión. Después de haber superado desde su infancia severos golpes de la vida, no le tenía ya miedo a nada ni a nadie, y aunque siempre fue profundamente respetuosa de la institucionalidad y de la jerarquía, luchó por la carrera de modo continuo y constante, convencida de que un país sin ejército no podía darse el lujo de la improvisación. En instancias administrativas y judiciales, en círculos políticos, en conversaciones y en polémicas, defendió esa causa de modo ejemplar.

No siempre era fácil hacer amistad con ella, porque veía ese sentimiento no como una planta superficial de floración pasajera, sino como un árbol de raíces profundas y vigorosas, una hermandad que resistía a las tormentas y que se basaba en mutua comprensión, aceptación y solidaridad.

Entre sus virtudes estuvieron también la generosidad, el respeto a la diversidad, su entusiasmo por las artes y la cultura, su defensa del patrimonio histórico y cultural de Costa Rica, y de modo general, su avidez de conocimiento y de renovación y actualización constante. Ningún tema nuevo le parecía desdeñable y en todos veía oportunidades para crecer y para abrir nuevos caminos para nuestra diplomacia.

Con su trabajo y su ejemplo, fue también maestra de varias generaciones de diplomáticos. Recuerdo con emoción y afecto que de ella recibí las primeras enseñanzas sobre correspondencia diplomática, que impartía con una sonrisa y con la paciencia y simpatía de los auténticos educadores. Quienes trabajaron directamente con ella, en Costa Rica o en otros destinos, sin duda aprendieron mucho más, como dije, de su trabajo y de su ejemplo. Era estricta y exigente, pero no pedía ni pretendía lo que ella misma no estaba dispuesta a dar, sin horario ni calendario, y por ello era poco tolerante con la holgazanería, la apatía y la idea de algunas personas de creer que la diplomacia era para provecho personal.

No quisiera dar fin a mis palabras sin recordar otro aspecto sobresaliente de doña Isabel: su ética personal y profesional. Podía comprender y aceptar muchas visiones diversas a la suya, respetar muchas ideas de las que discrepaba. Pero eso no podía jamás traducirlo en ser flexible por lo que respecta a los principios éticos, sobre todo con respecto a quienes desempeñan funciones públicas. Muchas veces recibió críticas por su manera de ser o de actuar, pero ni en las más adversas circunstancias hubo quien se atreviera a dudar de su honestidad, ni a lanzar la más leve sombra de duda sobre el nombre íntegro e inmaculado que heredó de sus padres y transmite orgullosamente a sus hijos.

Enfrentó por años y con enorme fuerza de voluntad la enfermedad insidiosa y cruel que la aquejó, sin que le hiciera perder por un instante su empuje, su espíritu de servicio y su optimismo. La enfermedad venció al cuerpo físico, pero realzó su nombre y no pudo impedir que la embajadora Montero nos dejara un legado de honor, de sabiduría y de patriotismo, que espero que sean inspiración y ejemplo para quienes hoy desempeñan funciones en este Ministerio y para quienes quieran seguir sus pasos por la gran senda que marcó.

Descanse en paz, embajadora.

Muchas gracias

HOMENAJE AL EMBAJADOR ISABEL MONTERO DE LA CÁMARA VIERNES 18 DE DICIEMBRE DE 2020, HONRAS FÚNEBRES ³

Decía un escritor francés que la familia es muchas veces la profecía del destino. En la agitada campaña electoral costarricense de 1913, en vísperas de los primeros comicios directos del siglo XX, se dio la inusitada circunstancia de que, también por primera vez, se registrara el hecho de que una mujer hiciera un discurso de plaza pública. Se llamaba Lía Madrigal y era poco más que una colegiala, pero alzó tribuna en una época en que todavía no se reconocían a las mujeres los derechos políticos. Su nieta, Isabel Montero de la Cámara, recordaba ese hecho con orgullo y con la conciencia de que había heredado ese apasionamiento, nutrido además por los también efervescentes genes maternos. A lo largo de toda su vida, fue apasionadamente fiel a sus convicciones y luchó por ellas con todas sus fuerzas y sus capacidades.

En nombre del Gobierno de la República y del pueblo costarricense, me corresponde hoy el doloroso deber de despedir a una de las funcionarias de más prolongada y distinguida carrera en la diplomacia nacional, la embajadora Isabel Montero de la Cámara. Las circunstancias que viven el país y el mundo nos han impedido dar a este acto todo el realce que su recuerdo merece, pero no nos impiden dedicar un sentido y emocionado homenaje a quien dio casi medio siglo de vida al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto y al servicio de nuestro país. Y sé que muchas personas que no nos han podido estar presentes hoy debido a esas mismas limitaciones, nos acompañan en espíritu, unidos todos por la amistad, el respeto y el afecto a doña Isabel. Con ellos también le expresamos nuestra condolencia a sus hijos Elena y Carlos, a su hermano y a las demás personas de su familia.

Actuó en dos grandes escenarios, el teatro y la diplomacia, que a veces requieren talentos similares, y no me refiero a la aptitud para encarnar diversos personajes o para cautivar auditorios. La persona que trabaja en las tablas, como la que labora en la diplomacia, sabe que el acto final, llámese la función teatral o la ceremonia oficial, es solamente la culminación de un prolongado y difícil empeño, que requiere no solo vocación, sino sobre todo disciplina, perseverancia, humildad y capacidad de aprendizaje, y donde la experiencia lo es casi todo.

En el teatro y en la diplomacia, doña Isabel cosechó éxitos y también adversidades, pero en ambos brilló con luz propia. Ya galardonada con un premio nacional, se alejó del primero de esos campos para entrar en el segundo, pero siempre se sintió vinculada al quehacer cultural y artístico, e incluso ya estando en altos rangos de la carrera diplomática, volvió algunas veces a hacer teatro, en obras dirigidas por Jaime Hernández.

No sé si la joven Isabel Montero tenía idea de la aventura que estaba iniciando en aquel lejano junio de 1974, cuando ingresó a la Cancillería. Tenía ya una sólida cultura y hablaba con fluidez varios idiomas, pero en aquellos tiempos ni siquiera se hablaba seriamente de una carrera diplomática en el país, y los nombramientos y ceses iban y venían. Eran pocos los casos en que las personas permanecían

³ Discurso pronunciado por el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, señor Rodolfo Solano Quirós en honor a la memoria del Embajador Isabel Montero de la Cámara, el 18 de diciembre de 2020 en las Honras Fúnebres.

en el servicio más allá de uno o cuando mucho dos cuatrienios. Y sin embargo, quienes se quedaban iban forjando un grupo de funcionarios de gran calidad profesional, pese al empirismo inicial de su labor.

La diplomacia llevó a doña Isabel a destinos tan variados como París, Bonn, Berna, Vaduz y Varsovia, así como al cumplimiento de misiones especiales en muchos otros lugares. En lo consular, donde tuvo un desempeño prolongado y distinguido, y en el cual su prioridad fue siempre servir a los costarricenses, a pesar de las múltiples limitaciones que tenían y siguen teniendo nuestras oficinas consulares. Pero sin duda fue más brillante su desempeño, años después, como embajadora, función a la que supo revestir de una gran dignidad, asombrosa eficiencia y un perenne sentido de responsabilidad. Sentía y sabía que representar a Costa Rica en el exterior no era una actividad para lucimiento personal o provecho patrimonial, sino un apostolado para dejar en alto el nombre de nuestro país. Para servir los intereses de Costa Rica y no los propios. Para contribuir a que cada vez que se pronunciara o se escuchara el nombre de Costa Rica, inspirara sentimientos de respeto, de simpatía, de afecto.

Víctima en su infancia y adolescencia de los dolorosos caminos del exilio, sentía una inmensa solidaridad con los desheredados y los marginados. Ya adulta vivió también en carne propia la discriminación de género, y por eso era una ferviente luchadora por justos espacios no solo para las mujeres sino también para otros grupos discriminados. Creía profundamente en el respeto a las personas, y lo vivía con pasión.

Su capacidad para amar y sentir se proyectó en su familia. En los cuidados que prodigó a sus padres, don Chico y doña Joyce, cuando la edad y las enfermedades minaron su salud. En el amor que tuvo a sus dos maridos, Martin y Manfred, a quienes algunas veces se refirió como hombres de alma inmensamente buenas. En su hija Elena, a quien hubiera querido evitar los sinsabores de la carrera diplomática, pero en la que se sentía reflejada y prolongada y en su hijo Carlos, cuyos triunfos académicos la llenaba de legítimo orgullo. Ambos hijos fueron, en sus últimos años, ejemplarmente devotos y afectuosos, y creo que en sus años de lucha contra la enfermedad, fueron ellos su fuente de energía y de dicha.

Supo vivir la amistad, y estar siempre al lado de quienes necesitaban una palabra de aliento, un consejo, un elogio y también una reprimenda o una crítica, porque para ella la amistad era siempre sinceridad.

Tenía un gran sentido del humor, que le ayudó en las adversidades. Vivió horas amargas, muchas veces derivadas del propio Ministerio al que dio tantos años de su vida y del que sin embargo no quería ni podía desligarse. En alguna oportunidad en que a pesar de su pertenencia a la carrera diplomática fue cesada por razones políticas, sin siquiera un asomo de pretexto, tuvo que recurrir a los tribunales en defensa de sus derechos, pero aun sin recibir salario no dejó de asistir un solo día al trabajo, durante más de un año, porque si lograba una sentencia favorable no quería sentir que recibía un dinero que no se había ganado. Cuando la carrera diplomática se vio amenazada por quienes querían seguir viendo en la diplomacia costarricense un espacio para el compadrazgo y la politiquería, siempre estuvo en primera línea, sin temor a las consecuencias dolorosas que muchas veces la alcanzaron. Esa y muchas otras actitudes semejantes retratan a esa mujer incansable y apasionada, que a la vez llevaba la ética y el amor al país en todas sus células.

Al partir de este mundo era la funcionaria de más antiguo ingreso en el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto y la decana de la carrera diplomática nacional. Pero más que eso, en todas sus actuaciones era una lección de amor a Costa Rica y a sus semejantes. La despedimos hoy con los honores debidos a su rango, pero ante todo con la conciencia de que hemos perdido a una gran costarricense, a una gran mujer y a un inolvidable ser humano.

Que Dios la reciba amorosamente y que en su recuerdo encuentren fortaleza y serenidad quienes lloran su ausencia.



Ex vicecanciller Gioconda Ubeda Rivera¹

HOMENAJE A LA EX VICECANCILLER GIOCONDA UBEDA RIVERA

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES Y CULTO

MIÉRCOLES, 27 DE ENERO DE 2021, SALÓN DORADO²

El año 2020 será un año de aciagos recuerdos para Costa Rica y para todos los países mundo, sacudidos repentinamente por una pandemia que todavía sigue dejando una estela de muertes, despidos, paralización de actividades, y catástrofes en la economía.

Para el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto, será también un año doloroso, por la partida de valiosas personas que le dedicaron gran parte de sus vidas, con gran dedicación, inteligencia y disciplina, entre las cuales estuvo la licenciada Gioconda Ubeda Rivera, en momentos en que desempeñaba el cargo de embajadora de Costa Rica en Panamá.

1 Fotografía cortesía de la Dirección de Comunicación Institucional del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto.

2 Discurso pronunciado por el Ministro de Relaciones Exteriores y Culto, señor Rodolfo Solano Quirós en honor a la memoria de la ex vicecanciller Gioconda Ubeda Rivera, el 27 de enero de 2021 en el Salón Dorado.

Hoy nos reunimos para recordar con respeto y afecto a doña Gioconda, y dedicar un modesto homenaje a su memoria. Igualmente develaremos una placa en su recuerdo, en el recinto de la Dirección Jurídica, porque esa Dirección fue una de las unidades de la Cancillería a la que dedicó más empeño, y donde brillaron su talento y su saber.

Doña Gioconda Ubeda nació en Jinotepe, Nicaragua, el 23 de diciembre de 1959, en el hogar de don Maximino Ubeda Aráuz y doña Ercilia Rivera Zeledón. Desde muy niña vino a esta tierra que hizo suya, y a la que le dio tanto. Se graduó como abogada en la Universidad de Costa Rica, y también cursó estudios de maestría en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.

Desde muy joven reveló una gran vocación por los asuntos públicos, y participó con gran entusiasmo en la política universitaria y nacional.

Ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto durante la primera administración de don Óscar Arias Sánchez, y desempeñó dos veces cargos diplomáticos en comisión, para después, ya en la época del canciller don Fernando Naranjo, hacerse cargo de la Dirección Jurídica de la Cancillería, primero en forma interina y después como titular. Dotada de una mente tan rápida como analítica, ávida siempre de fortalecer y aumentar sus conocimientos jurídicos, desempeñó ese cargo con especial dedicación y gran sentido del deber y la responsabilidad. Además de su dominio del Derecho Internacional Público en general, puso especial énfasis en el tema de los Derechos Humanos, materia que la apasionaba y en la cual prestó muy notables servicios a Costa Rica.

Además de ser directora jurídica, al servicio del Ministerio doña Gioconda fue comisionada presidencial del Proyecto Mesoamérica, embajadora en México, Comisionada Presidencial del Proyecto Mesoamérica, viceministra de 2013 a 2014, y ministra interina en varias oportunidades, embajadora en la República Argentina y por último embajadora en Panamá. En el ámbito internacional, cabe recordar también que fue secretaria general del Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en América Latina y el Caribe (OPANAL). En todos estos cargos brilló con luz propia, demostrando su gran capacidad profesional, su sabiduría jurídica, su talento negociador y su inspirador empuje.

Incursionó también en el periodismo y en el campo docente. Fue profesora de Derecho Internacional Público en la Universidad de Costa Rica y también impartió lecciones en el Instituto Manuel María de Peralta.

Como destacué al enterarme de su fallecimiento, doña Gioconda se distinguió por su dedicación y compromiso con el país y la Institución, y por su permanente lucha por la defensa y promoción de los derechos humanos. Pero hoy quisiera destacar que, además de su acertado desempeño profesional en este Ministerio, en la docencia y en todas las demás actividades en que participó, doña Gioconda se caracterizó por un profundo sentido humano y una gran solidaridad para con sus semejantes. Sabía ganarse el respeto y el cariño de todas las personas que trabajaban con ella o eran sus estudiantes, por su trato cordial y su simpatía, pero sobre todo por el interés sincero que le inspiraban, su espíritu de equipo, su convicción de que la lealtad y el entusiasmo crecen naturalmente cuando, además del deber, imperan el afecto y la comprensión.

Sufrió pruebas duras en la vida. Una dolorosa tragedia familiar le afectó de modo brutal en momentos culminantes de su carrera, pero lejos de doblegarla, le hizo renovar su espíritu de luchadora y darse en solidaridad y amor a quienes la necesitaban.

La acometió la enfermedad cuando se encontraba desempeñando con su habitual capacidad el cargo de embajadora en Panamá. Pudo haberse jubilado o retirado del cargo para cuidar de su salud, pero eso no estaba en su naturaleza, en su carácter intensamente vital. Y partió de este mundo el 21 de octubre anterior, dejando un ejemplo admirable de dedicación y de compromiso, de responsabilidad y de amor y lealtad al país.

A la vez que reiterarle nuestra condolencia a sus hijas y a su marido Jean Pierre, el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto le rinde hoy tributo a doña Gioconda con la develación de una placa, que perpetuará su nombre y sus aportes, pero sobre todo, recordando con respeto y afecto a esta mujer extraordinaria, a la infatigable luchadora que fue Gioconda Ubeda Rivera, cuyo ejemplo es y será inspiración y ejemplo para quienes laboramos aquí.

¡Muchas gracias!